

El desesperado esfuerzo de los partidarios de la revolución durante la insurrección centralista, no alcanzó á recabar que la mayoría de Barcelona se interesase en su favor. La emigración más asombrosa que se viera jamás, probó que la opinión había sufrido un cambio profundo, y que era imposible hacerla volver atrás para tomar parte en motines y trastornos. Y no sirve el alegar que todavía se encontraron algunos miles de brazos que tomaron las armas en defensa de la bandera levantada el día 2 de Septiembre, que se sostuvieron firmes por espacio de tres meses, y no se rindieron al general Sanz antes de haber visto que el movimiento no era imitado en las demás provincias, y que era sofocado en todas partes donde llegó á estallar; pues que en una ciudad tan populosa donde se hallan en tan crecido número las familias que quedan sin pan en el momento que se cierran las fábricas, es imposible que la necesidad no obligue á muchos á tomar parte en una causa que les es del todo indiferente. Añádase á esto que en tales casos acuden al punto de la insurrección una multitud de aventureros de fuera, deseosos de aprovecharse de los disturbios, y se tendrá sencilla y fácilmente explicado por qué se pudo formar un cuerpo suficiente para cubrir las murallas, y hacer desde allí frente á las tropas de los alrededores. Además, si no olvidamos que en el sinnúmero de familias emigradas se contaban muchísimos de la clase de jornaleros, si tenemos en cuenta que los enemigos de aquella revolución salieron desde luego de la ciudad á esperar el desenlace de los acontecimientos, en vez de impedir su desarrollo, resultará más claro que la luz del día que el movimiento era altamente impopular, y que si nació y pudo medrar por algún tiempo poniendo en alarma á la nación, todo fué debido á ciertas causas que no es oportuno examinar y que con el tiempo señalará la historia.

De estas consideraciones se infiere cuál es el estado actual de Barcelona, y cuáles las causas que lo han producido. El orden tiene allí numerosos partidarios; mejor di-

remos, la población en masa está en favor de él; pudiendo asegurarse, que mientras haya al frente del Principado autoridades civiles y militares de intención recta y carácter firme, no se turbará la tranquilidad pública y se hará imposible la repetición de las escenas que por espacio de tantos años han escandalizado á la España y á la Europa.

Con la nueva situación han nacido nuevas necesidades á que es preciso atender, si se desea cuidar no sólo de lo presente sino también precaverse contra los riesgos del porvenir. De esto nos ocuparemos en otro artículo. — *J. B.*

INSTRUCCIÓN PRIMARIA.

Uno de los primeros cuidados que han de ocupar á los gobernantes, y á todos los que teniendo alguna influencia directa ó indirecta sobre la sociedad se interesan por el bien de sus semejantes, es sin duda la instrucción primaria. Si ésta se halla arreglada, si presiden á la misma la religión y la moral, resultarán los hombres más instruidos y menos viciosos, porque la generalidad de ellos no se forma con el estudio de elevadas ciencias, ni está destinada á carreras literarias, sino que viviendo en una condición modesta conservan en el resto de sus días lo que se les ha enseñado en la primera edad, sin que tengan ocasión de añadir al caudal de sus luces otra cosa que las lecciones de la experiencia.

Es más difícil de lo que á primera vista pudiera parecer el que los maestros sean á propósito para desempeñar su misión. Quien no haya examinado las cosas de cerca fácilmente se persuadirá que el enseñar á leer y escribir, el dar algunas nociones elementales de la religión y de la moral, el instruir en los rudimentos de la aritmética y otras cosas por este tenor, son tareas al alcance de cual-

quiera, y que basta una diligencia regular para adquirir maestros excelentes. Sin embargo, la experiencia está mostrando todos los días que lejos de ser así se tropieza con muchas dificultades, y que el fruto que de las escuelas se saca no es ni de mucho el que fuera de desear.

El enseñar á un niño exige más laboriosidad, más tino y discreción del que comunmente poseen los destinados á esta carrera. No acudiendo á escuelas donde ellos puedan formarse antes de tomar sobre sí el cargo de formar á los demás, proceden frecuentemente á la ventura, siguiendo cada cual el método que le parece más bien, ó que mejor se adapta á sus ideas y carácter. De lo que resulta que se convierten muchas escuelas en lugares de reunión de niños donde se llora, se grita, se lee, se escribe; donde todo se hace menos aprender.

Aun cuando el maestro no tuviese más que un niño de que ocuparse fuérale menester ser muy discreto y entendido para hacerle progresar sin perder tiempo. ¿Qué será, pues, habiendo muchos, tal vez hasta centenares á cargo de un maestro y un ayudante? ¿Cuánto cuidado, cuánto método, cuánto tacto y paciencia no les será preciso emplear si quieren enseñar de manera que se aprovechen así los más aventajados como los de menores alcances; así los de índole apacible y dócil, como los tercos y obstinados; así los de atención y laboriosidad, como los distraídos y perezosos?

En nuestro juicio una de las cosas que no debe olvidar nunca el maestro de instrucción primaria es que la infancia se distingue por dos calidades muy notables, y que según como se proceda con respecto á ellas los resultados serán muy provechosos ó muy estériles, muy buenos ó muy malos. Estas calidades son: 1.^a facilidad de recibir toda clase de impresiones: 2.^a dificultad de comprender muchas cosas á un tiempo. El niño puede compararse á una tabla rasa cubierta con una capa de pasta muy blanda donde es suficiente tocar muy ligeramente para que quede la huella del cuerpo que la ha tocado; puede de otro lado

compararse con un frasco de cuello muy angosto que si se le quiere llenar de una vez el licor se derrama y apenas entran en él algunas gotas, cuando al contrario si se hubiese andado despacio en la operación se hubiera podido llenar del todo sin perder el licor que á él se destinaba.

Estas dos calidades si las tuvieran presentes continuamente los maestros podrían adelantar mucho más en la enseñanza y producir mejores efectos en el corazón de los niños. La facilidad con que éstos reciben toda clase de impresiones hace ante todo indispensable el más escrupuloso cuidado en las doctrinas y en los hechos concernientes á la religión y á la moral. La experiencia de cada día nos está enseñando que el hombre se resiente toda su vida de las impresiones recibidas en la primera infancia, y si nos fuera dable seguir el hilo de muchas vidas encontraríamos un asombroso encadenamiento que conduce al individuo por la carrera del vicio ó de la virtud, del crimen ó del heroísmo, y cuyo primer eslabón arranca de los ejemplos que se ofrecieron á sus ojos, ó de las palabras que oyeron en la escuela ó en el hogar doméstico. *Quo semel est imbuta recens servabit odorem testa diu*, había dicho el poeta, y esta imagen que expresa una verdad importante debiera recordarnos la delicada solicitud con que es necesario evitar que no entre en el tierno vaso licor venenoso ó corrompido para que no conserve mientras exista el mal olor con que se le haya infectado.

Fuera de desear que los maestros de primera educación no sólo profesasen principios religiosos y morales, sino que también los pusiesen en práctica, es decir, que sería menester buscar para estos destinos hombres sinceramente morigerados, porque de otra suerte no es posible que los niños no presenciaren repetidas veces escenas que los escandalicen. Quien no está adherido de corazón á las creencias religiosas podrá aparentar religiosidad por interés propio, por consideración á los demás, y quizás hasta por el deseo de que los otros, sobre todo los de tierna edad,

no se aparten de la fe que él tiene perdida. Mas como la verdad es el estado normal del hombre, y la ficción continuada no es posible, resulta que á lo mejor se olvidan esta clase de actores de que están representando su papel, y hablan ú obran conforme á sus erradas doctrinas. El niño que casi siempre tiene fija la vista sobre sus superiores, que recoge con avidez las palabras que ellos pronuncian tal vez sin advertir lo que dicen, que observa todos los actos de las personas que ejercen sobre él alguna autoridad, y que además tiene una fuerte inclinación á referir todo lo que oye y á imitar lo que ve, considera como de poca importancia lo que ha llegado á notar que es reputado como de escaso valer por aquellos á quienes respeta; así como venera profundamente lo que ha visto venerado por las personas que le gobiernan. Una expresión, un gesto que se le escapará al maestro en el acto de enseñar la doctrina cristiana ó la práctica de algún acto religioso, bastará quizás para hacer brotar en aquellas almas tiernas un pensamiento maligno que después se convertirá en duda ó en desventura impiedad. En vano procurará estar sobre sí, quien ha de aparentar continuamente fe que no tiene, y veneración y acatamiento á objetos que desprecia; en vano para encubrir el estado de su conciencia afectará tal vez un celo y entusiasmo que está muy lejos de experimentar; en la misma exageración de sus palabras y acciones dará que sospechar á los alumnos dotados de alguna penetración; si esto no acontece, vendrá un momento de descuido que se hará notar tanto más cuanto será más vivo el contraste.

Por estas razones sería de desear que la primera educación no estuviese únicamente á cargo de personas que no tengan en ello otro objeto que el ganar su subsistencia; porque el interés, si bien es muy sagaz para proporcionar recursos al individuo que por él se mueve, pudiendo por cierto tiempo comunicar actividad y hasta apariencias de celo, no obstante es flojo cuando cesan de correr peligro los bienes materiales que forman su objeto, y difícilmente

se hace capaz de practicar un sistema por tiempo muy dilatado si esto exige sacrificios algo penosos. Y estos sacrificios los exigen ciertamente las tareas de la primera educación, pues no cabe oficio más molesto y que demande más asiduidad y paciencia, á no ser el cuidado de los enfermos. En Francia y otros países se ha conocido esta verdad, y así es que se protegen y fomentan aquellos institutos religiosos que tienen por objeto la educación é instrucción de los niños pobres. La clase menesterosa es la que más necesita este auxilio, porque escaseando de recursos para estimular el interés individual de los maestros, le es preciso enviar á sus hijos á la escuela sin poderles proporcionar ninguno de aquellos medios de que en tales casos acostumbran valerse las familias acomodadas.

Se ha reconocido ya generalmente que los hospitales no pueden ser bien atendidos no estando encomendados á la caridad personificada en alguna institución religiosa; se ha reconocido que el interés del salario es insuficiente para ejercer sobre el corazón aquel influjo constante y eficaz que es indispensable para someterse á un tenor de vida fatigoso y repugnante; se ha reconocido que la abnegación que para esto se ha menester no puede dimanar de consideraciones puramente mundanas, sino que es indispensable que nazca de la Religión que tan decididamente señorea todos los resortes del corazón humano. La instrucción primaria es ciertamente una de esas tareas fatigosas y repugnantes, y por esto vemos que el catolicismo sumamente pródigo para acudir á todas las necesidades, no olvidó fundar institutos cuyo objeto fuese la educación é instrucción de los niños de la clase pobre.

En el estado actual de la sociedad es tanto más indispensable valerse de este recurso, cuanto que es sumamente difícil encontrar el número suficiente de maestros que con la correspondiente idoneidad reúnan las creencias religiosas y una conducta moral y ajustada. Tal es el vértigo de las ideas, tal la corrupción de costumbres, tal la disipación que lleva distraídos los ánimos de la juventud, que

es sumamente peligroso, que quien está encargado de ilustrar el entendimiento y formar el corazón de la infancia, emprenda quizás muchas veces esta augusta tarea, después de haber hecho alarde de incredulidad y escepticismo y de haberse entregado á los excesos de una vida relajada. Semejante daño no se experimenta si el individuo pertenece á un instituto religioso; porque sometido á una regla invariable, sujeto á la voluntad del superior, vigilado por sus propios compañeros, se ve en la necesidad de observar una conducta arreglada, aun cuando á ello no le impulsase el deber de la conciencia. El niño se acostumbra desde su más tierna edad á considerar el oficio del maestro como una cosa hermanada con la Religión, aprende á un mismo tiempo lo que interesa saber según la carrera á que se destina, y se va ejercitando en las santas prácticas que después le quedan como otros tantos hábitos de los cuales ó no se desprende nunca, ó no se olvida de tal suerte que le sea difícil volver á ellos cuando ha pasado el hervor de la inexperta mocedad.

La otra calidad de los niños, á saber, la dificultad de comprender muchas cosas á un tiempo, indica cuán necesario es que se emplee en la enseñanza un método sumamente sencillo, pues que jamás se cuidará lo bastante de remover los obstáculos que detienen la marcha de una inteligencia que da los primeros pasos.

Generalmente hablando parécenos que se cultiva demasiado la memoria de los niños y se cuida poco de desarrollar su comprensión. Se los acostumbra á decorar muchas páginas de una tirada, se los hace estudiar para este efecto largas horas, se estimula su amor propio con la emulación, con la esperanza de premio ó el temor de castigo, para que no falte ni una sola sílaba á la lección que han de recitar, y entre tanto no se procura despertar su inteligencia y se la deja ociosa y atontada.

¿Cuántos son los niños que os dirán el catecismo de un extremo á otro, y no obstante son incapaces de explicar con acierto el sentido de una sola línea? En prueba de

esto, desviaos en las preguntas del orden en que las han encontrado en el libro, servios de otras palabras precisándolos de esta suerte á mudar también ellos las suyas, y notaréis que á una pregunta le aplican una respuesta enteramente disparatada tomada al acaso de otro lugar del catecismo, dando así á entender que recitan por pura rutina, y que se ha llenado de palabras su imaginación, mas no de ideas su entendimiento.

¿Créese por ventura que los niños á la edad de ocho ó nueve años, no son capaces de formarse ideas claras y exactas de muchos objetos, con tal que les sean presentados con la sencillez y buen orden correspondientes? ¿Por qué al propio tiempo que se les hace decorar el catecismo, no se les podría presentar en pocas palabras y en pequeño número de lecciones la historia de la Religión, y obligarlos á referirla ellos mismos, prescindiendo de los términos del libro que les sirviese de texto? No se nos diga que esto es imposible, porque á cada paso oímos á un niño refiriendo historietas pertenecientes, ó á él, ó á sus compañeros, ó á su familia, ó á otra conocida, ó al pueblo en que vive; cada día los estamos oyendo que narran con admirable puntualidad y quizás con notable viveza y colorido, lo que oyeron contar de las apariciones de un muerto, de los secretos de una bruja, ó las travesuras de un duende; ¿por qué, pues, no se les podría enseñar á conocer el encadenamiento de la historia de la Religión, de suerte que empezando desde la creación del mundo reuniesen en breve cuadro la caída del hombre, el diluvio universal, la vocación de Abrahán, la historia de Moisés, los prodigios de la salida de Egipto, la peregrinación por el desierto, la entrada en la tierra de promisión y los principales acontecimientos del pueblo escogido, haciendo notar su origen, los medios admirables de que Dios se valía para hacerle conducir á su destino, el objeto que se propuso Dios en la vocación del primer Patriarca, lo que figuraba el pueblo de Israel con su religión, sus leyes y sus costumbres, el íntimo enlace que todo tenia con la venida del

Salvador, cómo se pasó de la ley antigua á la ley nueva, fundándose la Iglesia católica en que felizmente vivimos, y finalmente todo cuanto se refiere á la debida inteligencia de los dogmas y de la moral de nuestra Religión sacrosanta? Todas estas cosas las aprende el niño de memoria, pero las recita sin saber lo que dice, y por consiguiente no las sabe. Para que pudiera afirmarse que las ha aprendido realmente, sería menester que fuese capaz de referir una parte cualquiera de esta historia, no necesitando valerse de las mismas palabras que halló en el libro, sino empleando otras que le ocurriesen, como lo verifica cuando refiere sucesos que no ha aprendido por rutina, sino porque los ha oído contar ó los ha visto por sí mismo.

Con este trabajo se lograría precaver el olvido que tan fácilmente destruye el fruto de los sudores de maestros y discípulos; lo que se entiende bien, difícilmente se borra de la memoria; lo que se sabe literalmente sin comprender el sentido, es poco menos que imposible el retenerlo; además que aun cuando se retenga, ¿qué vale el estar la cabeza llena de palabras y vacía de ideas?

Lo que acabamos de decir con respecto á la enseñanza del catecismo y de los elementos de la historia de la Religión puede extenderse á todos los objetos en que se instruya á los niños; el ejercicio de su inteligencia sobre lo mismo que han aprendido de memoria debiera extenderse á los principios de buena crianza, á las reglas de aritmética, á las de leer y escribir; en una palabra, á todo aquello en que se les ocupa.

Mas esto debiera hacerse no olvidando nunca lo que más arriba hemos hecho notar sobre la dificultad que experimentan los niños en comprender muchas cosas á un tiempo: fuera preciso tener sumo cuidado en presentarles las cosas por partes, y con orden á propósito para auxiliar la inteligencia y la memoria. No se crea por esto que con dicha sencillez sea incompatible la exactitud de las ideas; antes al contrario, de esta exactitud son compañeras naturales la sencillez y la claridad. Cuanto más exacta es la

idea que expresa un objeto, cuanto más exacta es una palabra que expresa una idea, tanto mayor es la claridad de una y otra. La confusión lleva consigo la obscuridad; lo que está mal deslindado jamás se presenta bien claro.

El entender no sólo las cosas sino también la razón de ellas, se juzga comunmente tarea superior á la comprensión de los niños, y esto acarrea que no se les enseñe la razón de nada de lo que practican ó aprenden; bien que á decir verdad esta errada costumbre también proviene en gran parte de la ignorancia de los maestros. ¿Qué inconveniente habría, por ejemplo, en que al enseñar los principios de aritmética se procurase hacer comprender á los niños con observaciones claras y sencillas la razón de la regla que practican? Semejante descuido produce el fastidio que naturalmente engendran tareas en que se procede del todo á obscuras, y hace además que se olvide con tanta facilidad lo que se ha aprendido con mucho trabajo. Ateniéndonos al mismo punto que hemos indicado, todos sabemos lo que comunmente suele decirse, de que nada se olvida con tanta prontitud como la aritmética; y no es raro ver muchachos que habían adelantado bastante en ella, y que sin embargo ni aun recuerdan las cuatro reglas fundamentales. Y esto ¿por qué? Porque se les ha enseñado la rutina de la numeración sin hacerles notar las razones que explican su hermoso mecanismo; se les ha enseñado á practicar las reglas de sumar, restar, multiplicar y dividir sin explicarles por qué los datos se colocan de esta ó de aquella manera, por qué se hacen con ellos estas ó aquellas operaciones. De suerte que en no teniendo el niño una memoria tal que pueda retener exactamente todas las reglas, que es felicidad poco común, no sabe á dónde volverse tan pronto como ha perdido de vista los casos en que se ejerció en la escuela.

No es verdad que la aritmética si llega á comprenderse, no sólo su práctica, sino también la razón de sus reglas, sea tan fácil de olvidarse como ordinariamente se cree; al contrario, sus principios son tan claros, las consecuencias

que de éstos dimanar son tan sencillas en sí y tan evidentemente enlazadas con los axiomas, que una vez se haya fijado la atención sobre estos objetos y se haya ilustrado la inteligencia con algunas aplicaciones á ejemplos variados, se clavan fuertemente en la memoria las reglas principales, y si alguna vez se olvidan hasta una ligera reflexión de quien las ha de emplear para que se renueven desde luego.

Aclaremos esta materia con algunos ejemplos sumamente sencillos. Notamos á cada paso que un niño á quien se propone un problema de sumar ó restar en que los sumandos ó los términos de substracción contengan un número desigual de guarismos, si no se lo escribimos en el orden conveniente, se equivoca con mucha facilidad colocando los guarismos de distintos órdenes en una misma columna. ¿De qué dimana ese error? Dimana de que en su cabeza hay la mayor confusión de ideas, ó mejor diremos, no hay ninguna idea sobre el motivo por el cual el primer guarismo de la derecha que expresa las unidades se ha de colocar debajo del otro guarismo de la derecha que expresa cantidades de un mismo orden. De suerte que si en un caso en que uno de los sumandos contenga tres guarismos y el otro dos, hacéis que las decenas del uno caigan debajo de las centenas del otro, y las unidades debajo de las decenas, de manera que los guarismos de ambos formen columna, no á la derecha, sino á la izquierda, y le preguntáis si de aquel modo estaría bien asentada la regla, ú os responderá afirmativamente, ó al menos si no cae en este error advirtiéndole la simple inspección de la figura el trastorno de la colocación, no acertará á señalar la razón de esta diferencia, siéndole preciso contentarse con decir que en la escuela no lo enseñan así.

Todos sabemos por experiencia la confusión que nos causó en nuestra tierna edad la multiplicación y división de los números denominados. No podía uno formarse idea de lo que venía á ser aquello de multiplicar varas, y pies, y pulgadas por pesos fuertes, reales y maravedises; aque-

lla combinación de cantidades tan disparatadas que nada tenían que ver entre sí, dejaba el entendimiento sumamente confuso; y si bien se aprendía maquinalmente la regla, se olvidaba tan pronto como se dejaba de practicarla. No sucedería así teniéndose el cuidado de dar una idea bien clara de lo que son los números denominados, y del motivo por que se los combina en diferentes operaciones para obtener resultados de que á cada paso necesitamos en los negocios comunes de la vida. Con el tiempo la experiencia va enseñando la razón de estas reglas, y así es que los que se ejercitan mucho en las mismas, al fin adquieren con el uso el conocimiento que han menester para no equivocarse groseramente aplicando á un caso la regla que corresponde á otro totalmente diverso. No obstante no dejan de cometerse graves errores, y además siempre hay el inconveniente de ser preciso que pasen años hasta que se adquiere dicho conocimiento, cuando si se observa un buen método es muy fácil que los niños al salir de la escuela no necesiten esperar más para resolver con acierto los casos que se les vayan presentando.

¿Qué confusión no producen en el entendimiento del niño las reglas de los quebrados? No es raro oír á personas adultas que jamás han podido comprender dichas reglas, que se les olvidan muy fácilmente, y que en ofreciéndoseles una cuenta donde entren quebrados ya no saben cómo salir del paso, y que tienen que valerse del auxilio de un amigo.

Y ¿es por ventura que la inteligencia de los quebrados sea tan difícil como suele decirse? Ciertamente que no: ocupaos en explicar bien su naturaleza, fijad luego las ideas sobre lo que expresan el numerador y el denominador, asentad los principios en que se funda la variación que el quebrado sufre por las alteraciones de uno cualquiera de sus dos términos, y entonces no costará trabajo, ni aun á las inteligencias más medianas, el comprender la razón de todas las reglas que se dan para las operaciones sucesivas.

Con estos ejemplares se echa de ver que el secreto de ahorrar tiempo y fatiga, no es adelantar mucho de una vez haciendo practicar al niño crecido número de reglas en pocos días, para que mil veces vuelva sobre ellas y otras mil no las entienda. Estamos persuadidos que si se trabajase algo más en el desarrollo de la inteligencia de los niños, no recargando demasiado su memoria, sin dejar por esto de ejercitarla lo suficiente, se obtendrían resultados mucho más sólidos y provechosos. Una inteligencia desarrollada á tiempo produce mejores frutos, no sólo porque le queda más espacio en el brevísimo trecho de vida que nos ha sido otorgado, sino también porque desenvolviéndose sus facultades intelectuales al par que las físicas, se evita el inconveniente de que las pasiones absorban la razón, y con el crecimiento del cuerpo permanezca como adormecida y sepultada el alma.

Es cierto que así para el espíritu como para el cuerpo no conviene una precocidad excesiva, y que es menester en la educación de la niñez recordar aquella máxima de que el tiempo no respeta nada de aquello en que no ha tenido parte; pero esta consideración muy fundada y prudente en nada se opondrá al desarrollo suave y oportuno que estamos aconsejando. Deseamos únicamente que se desentierren de las escuelas esos métodos rutinarios en que todo se hace maquinalmente, en que el niño encajonado como una pieza en un gran cuerpo sufre la compresión que le fastidia de sus tareas sin reportar ni de mucho el debido provecho. Queremos que las escuelas de instrucción primaria al paso que sirvan para comunicar á los niños las nociones propias de su edad, sean también un semillero de ideas más aventajadas y de orden superior, no precisamente porque éstas se las deban enseñar los maestros, sino por lo que pueden contribuir con métodos oportunos á desenvolver aquellas tiernas inteligencias que esperan para desplegarse el calor de otra inteligencia más formada, como la flor que abre su capullo al tocarla los rayos del sol.

Pocas materias hay que exijan tan severa vigilancia de parte de las autoridades como la instrucción primaria. Conviene emplear todos los medios á propósito para procurarse buenos maestros; pero es preciso no contentarse con poseerlos, es menester cuidar de que asegurados en sus destinos no se entreguen á la indolencia perdiendo el público los frutos que pudiera sacar de su idoneidad. Esta carrera es de suyo tan pesada, se halla en esfera de tan poca consideración social, es tan modesta la gloria que acarrea y tan escasos los recursos que proporciona, que es muy fácil que los que á ella se dedican aflojen en breve del primitivo ardor con que la emprendieron, si no temen continuamente el ojo vigilante de la autoridad ó de las comisiones que la representan, si no saben que á más de las visitas ordinarias y de pura solemnidad, puede ser sorprendido por otras en que se inquiera diligentemente cuál es el estado de la escuela, y se observe minuciosamente hasta qué punto llega el celo del maestro, y si procura realmente el adelanto de los discípulos, ó si sólo trata de cubrir su responsabilidad con el menor trabajo posible.

En España no faltan leyes, no faltan instituciones para todo; la desgracia está en que aquéllas no se observan, y éstas se quedan sin obrar, amortiguadas, adormecidas, sin producir ningún resultado hasta que su inutilidad las hace caer en desuso, y el desuso acarrea el olvido. Lástima causa que cuando en otros países se ha llevado tan adelante el importantísimo ramo de la instrucción primaria, haya estado entre nosotros tan descuidada, sea tan reducido el número de las escuelas y éstas disten mucho de llegar á la perfección en que las tienen otras naciones. Y no es que nos falten medios para obtener lo mismo que ellas han obtenido, sino que por efecto de un fatal concurso de circunstancias, y también por esa especie de pereza habitual que se ha hecho hereditaria, no hemos cuidado de mejorar los métodos, ni de informarnos siquiera de los adelantos de nuestros vecinos, y sobre todo, no he-

mos pensado en aprovechar los muchos recursos de que disponíamos para el efecto, si hubiésemos acertado á dar la competente dirección á fondos é instituciones que podrían fecundar el país haciendo su propio bien, y asegurando su conservación y mejora.

En la actualidad no puede negarse que se ha despertado en España un vivo movimiento que lleva los espíritus hacia un porvenir más animado y brillante. Sean cuales fueren las causas que lo hayan producido, lo cierto es que existe, y lo que conviene es explotarlo en beneficio de la ilustración, de la moralidad y del bienestar. Si el Gobierno impulsa vivamente el planteo de escuelas de instrucción primaria, y las mejoras de las existentes, encontrará sin duda apoyo y eficaz cooperación en el país que se va convenciendo cada día más de que por una parte conviene salir de la agitación revolucionaria entrando en el camino de los adelantos útiles, y de otra es indispensable satisfacer las exigencias del espíritu del siglo poniéndonos al nivel de las demás naciones, si queremos labrar nuestra prosperidad interior y ocupar en el congreso europeo el rango que nos pertenece.

Mas al propio tiempo que aplaudimos este progreso, también deseamos que se procure aliarle íntimamente con la religión y la moral, para evitar las consecuencias desconsoladoras que estamos presenciando en otros países donde el aumento de la instrucción ha llevado consigo el aumento de la inmoralidad, donde en la estadística de la corrupción y del crimen figuran en número mucho mayor los instruidos que los ignorantes. Triste luz del entendimiento la que sólo sirve para la perversidad del corazón. Preferimos la cándida sencillez hermosada con la virtud á la instrucción prostituída al vicio.— *J. B.*

BARCELONA.

ARTÍCULO 5.º

CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE LOS EFECTOS DEL DESARROLLO DE LA INDUSTRIA EN LAS SOCIEDADES MODERNAS.

Si las complicaciones que han hecho sumamente difícil la posición de Barcelona en los últimos años se hubiesen limitado al orden meramente político, fueran bastante á remediar el daño medidas puramente políticas; mas como quiera que no ha sucedido así, y que por motivo del desarrollo industrial y mercantil, se han presentado en mayor ó menor escala algunos de los problemas que abruma á las demás naciones que se hallan en este caso, ha resultado que afectándose el orden social, la herida que ha recibido la tranquilidad pública ha sido más grave, y los elementos de discordia pueden contar con más larga duración, dado que su vida y su fuerza estriba en la misma organización industrial que no es posible destruir y no muy fácil de modificar.

La disensión entre fabricantes y trabajadores que tan ruidosamente estalló en ciertas épocas, es síntoma más alarmante á los ojos de todo hombre pensador, y que conozca las tendencias de semejante fenómeno, que los mayores disturbios promovidos con intento ó pretexto de obtener mayor grado de libertad. En efecto; observándose el mismo hecho con más ó menos semejanza en los demás países donde la industria se ha desarrollado, claro es que sería un error atribuirle á causas puramente locales, y no